**La ausencia argentina**

Ricardo Rojas (de *Archipiélago,* 1947)

 En la historia de las navegaciones australes, dos cosas hieren el sentimiento patriótico: la proliferación de nombres extranjeros y la ausencia casi total de nombres argentinos.

 Cuando vinieron nuestros marinos, navegaron con cartas inglesas y llegaron a costas bautizadas en lenguas exóticas, según se puede ver. La Isla de los Estados, por ejemplo, hállase bordeada de estos nombres en sus numerosas bahías: Crossley, Flinders, Hoppner, Cook, Parry, Basil Hall, Back, Blossom, Vancouver, Grant, York, Franklin, Black, Mary, Brent… Y como eso ocurre en una isla desierta y los argentinos han olvidado que esa tierra nuestra se llama Isla de los Estados por los estados de Holanda, cuando yo la vi al pasar la rebauticé en mi *Diario de a bordo* nombrándola Isla de los Estados… de Sitio, para darle a su antigua denominación un sentido más actual y nacional.

 Admirable fue la intrepidez de los españoles cuando en el siglo XVI vinieron hacia el Estrecho de Magallanes a fundar la colonia de Sarmiento que pronto se destruyó, y admirable la virtud de los mismos cuando por primera vez circunnavegaron toda la Isla del Fuego y trazaron la cartografía de la costa patagónica hasta sus límites australes. La Argentina, que invocó títulos de España para sucederla en sus dominios del sur, no supo continuarla en sus empresas. No la emuló en la acción ni en el estudio.

 Barcos de otras banderas llegaron movidos por ambición imperialista o sordidez comercial, pero los viajes realizáronse aun a despecho de naufragios, y así fue quedando un acervo de experiencias útiles para nosotros y para toda la humanidad.

 Después de los descubridores geográficos -Pigafetta y su libro, Cook y el suyo- vinieron varias expediciones científicas para conocer los mares, las costas, los pasos, los vientos, los recursos y condiciones de la vida fueguina. Sobre todo tras el viaje de Fitz Roy las expediciones de diversa bandera se multiplicaron.

 Una expedición alemana, la del capitán Phidemann en el acorazado *Albatros* navega los canales (1883); una expedición francesa, la de *Le Martial*, encargada por la Academia de Ciencias de Paris, observa fenómenos físicos (1882); expediciones italianas, la del doctor Giglioli (1866) y la de José Palumbo (1882) estudian el Estrecho. Una expedición sueca, la del doctor Nordenksjöld, se interna en la Ensenada del Almirantazgo (1895); otras de la misma nación, posteriormente, con los profesores Zuensel, Haller, Scottsberg, exploran el Valle Betbeder y el río Rojas en el interior de la Isla Grande. Corresponde a nuestros días la expedición del sacerdote italiano Alberto M. De Agostini, que realizó marchas de estudio y proezas de alpinismo en la primera ascensión al monte Olivia. Asimismo es reciente la aventura aérea del capitán alemán Günther von Plüschow, el primero que voló sobre la Tierra del Fuego. Casi todos los exploradores citados escribieron sobre sus empresas.

 Pocas regiones del globo ofrecen, como el Onaisin, visión tan cosmopolita en su historia. Todas las naciones diéronse cita aquí, pero hasta 1880 la nuestra estuvo ausente; verdad amarga que es necesario divulgar en nuestro propio interés. Si ocultamos nuestras faltas, no podremos corregirnos de ellas ni preservarnos de sus consecuencias.

 En 1881 llegó la primera expedición con los auspicios de nuestro gobierno; pero partió de Montevideo, dirigida por Giacomo Bove, italiano, como lo eran también sus colaboradores: el geólogo Domingo Lovisato, el zoologo Decio Vinciguerra, el botánico Carlos Spegazzini, el dibujante Roncagli. Servíales de práctico el comandante argentino Luis Piedrabuena, patriota intrépido, desinteresado, conocedor de estos mares, a quien poca justicia le hicieron en vida.

 Tiempo después realizóse otra expedición a la costa argentina de Tierra del Fuego, desde la Bahía San Sebastián hasta la de Thetis, la dirigía nuestro compatriota Ramón Lista, pero traía colaboradores extranjeros, entre ellos el doctor Segers, médico belga.

 Cincuenta años habían pasado desde entonces, cuando a bordo del *Chaco*, en mi viaje del Plata al Beagle, me asombró ver en ese transporte de la Armada Nacional que la carta colocada en la cámara para informar de la navegación era una carta británica de tiempos de Fitz Roy, con la toponimia en inglés; la Confederación Argentina (*Argentine Confederation*) está señalada como país diferente de *Patagonia*, res nullius. Este caso es elocuente de por sí: oficiales de nuestra Armada, al conducirme preso a bordo, navegaban con cartas extranjeras en nuestras propias aguas territoriales medio siglo después de que el sur fuera jurídicamente incorporado a la soberanía nacional.